

FALTA UN MONUMENTO EN EL SAHARA A UN OFICIAL ESPAÑOL...

EL CAID MANOLO, UN GALLEGO

• LLEGO AL SAHARA COMO SOLDADO Y PASO EL RESTO DE SU VIDA EN EL DESIERTO, MURIENDO DE CAPITAN HACE UNOS AÑOS, ADMIRADO Y QUERIDO POR TODOS LOS NATIVOS



Manolo, a lomos de su montura del desierto

Conoci al «Capitán Manolo» allá por el año 1950, cuando apenas yo, un muchacho—contaba catorce años—, fui a vivir al Sahara. Por aquel entonces Manolo estaba en la cumbre de su vida, querido por todos y admirado por los saharauis, para quienes era un semidiós; ya antes de verle había oído hablar de sus proezas, de su amor al desierto y sus habitantes, de su portentoso valor humano. Nadie podía ni siquiera sospechar entonces que únicamente le quedaban cuatro años de vida y que una enfermedad lenta y cruel se iba a llevar para siempre del desierto a aquel hombre fuerte, moreno, de gesto duro y mirar profundo. Ahora, quince años después, una charla casual me trajo a la memoria a quien yo tanto admiré de niño y me puso sobre la pista de su familia, sus papeles y cuantos recuerdos dejara a lo largo de su vida. Seguí esa pista y mi alegría no tuvo límite cuando conseguí todo lo que él había escrito. Confieso que en principio pensé en dedicarle un libro completo—pues eso y mucho más se me

recé—, pero hube de desistir ante la complejidad de la empresa. La documentación de Manolo—cuatro grandes carpetas—se halla revuelta en una mezcla tan confusa, que resulta imposible extraer de ella un relato perfecto de cuanto hizo, más que nada por el hecho de que él—que nunca se dio cuenta de la magnitud de su figura—no habla de sí mismo, sino que sus anécdotas se refieren siempre a los hombres del desierto, sus costumbres, su historia y sus necesidades. Porque esto es lo que verdaderamente le preocupó; lo que le interesaba, a lo que dedicó más de veinte años de su vida, pues desde el momento en que por primera vez pisó esa tierra que sólo sirve para cruzarla—el Sahara—, comprendió que tal definición no se había hecho para él, ya que no quería nunca más que permanecer allí. Manolo, cuyo nombre completo—por el que jamás le conocí nadie, según creo—era Manuel Rodríguez Paseiro, había nacido en La Coruña en 1912, hijo de maestro armero, que después también gozó de cierta fama en

el desierto; uno de esos hombres compulmentos y llenos de vitalidad, un auténtico cosaco del siglo XX, que inculcó a su hijo el amor a la vida militar, de tal forma que Manolo ingresó muy joven en el Ejército; a los quince años sentó plaza en Automocivilismo, en Madrid, y a los diecinueve, ya con el galón de cabo, pidió el traslado al Sahara.

Aquellos nuestros territorios no eran, en verdad, un oasis de paz, ni un lugar envidiable. Los tratados internacionales no habían concedido una determinada extensión de terreno, pero lo cierto es que nuestras tropas se veían obligadas a permanecer en los fuertes de la costa, sin aventurarse ni poco ni mucho hacia el interior, sufriendo de continuo los ataques y tiroteos de las tribus rebeldes, aunque hubiera algunas que, siendo las más débiles, nos brindaban su amistad, esperando así librarse de la tiranía a que las tenían sometidas las restantes.

Manolo, destinado a las fuerzas indígenas de la Mía a Caballo, se encontró con que había de convivir con los nativos, aquellas gentes extrañas, sencillas, ingenuas como niños, o feroces y violentas.

El descubrimiento de ese mundo, de esa raza saharauí de hombres que viven en las masas duras y desoladas de las tierras, su incomprendible amor a las llanuras solitarias, a la existencia hecha sacrificio, en que cada día es un día de lucha y de hambre, la señaló el camino, le indicó cuál había de ser su meta: hacer más llevadera la carga de esos seres, ayudándoles en cuanto estuviera en su mano.

Ni siquiera él sabía entonces que se lo había propuesto. No pensó en ello como una obra, un esfuerzo propio, pero sin advertirlo comenzó a llevarlo a cabo, y el primer paso lo dio sin dudar, un medio, sino lo que más tarde le incitaría a su empresa.

En un tiempo prodigiosamente corto Manolo llegó a hablar a la perfección la hasania y a conocer el fondo de las creencias, costumbres e incluso vicios y flaquezas de los «hijos de las nubes». Se convirtió, como por arte de magia, en uno de ellos, hasta tal punto que en aquellos momentos en que un español no podía alejarse del fuerte de Cabo Juby sin que lo tirotearan, él se disfrazaba de indígena y recorría de punta a punta el territorio, haciéndose pasar por uno de tantos saharauis.

Esto sorprende y admira al hombre del desierto que por primera vez se encuentra a un europeo que quiere ser como él, admitir su existencia y su esfuerzo en imitarlo. En cierta ocasión una mujer descubrió tierra adentro la superchería y delata a Manolo. La nobleza del espíritu de los indígenas se demuestra una vez más. Lejos de asesinarle, como era de esperar, celebran su valor y le obsequian con una gran fiesta, lo que acaba de convencerle de que aquellos son seres distintos, nobles, humanos, que se conservan en toda la pureza de una vida natural y sencilla: esa vida propia, muy propia, tanto que les ha permitido crear una «civilización» de uso exclusivo, esa «civilización» que les hace sobrevivir en un mundo hostil, duro, en el que a primera vista parece que únicamente existen fatiga y sol, calor y sed, arena y viento.

Manolo aprende con ellos; aprende a través del desierto—de parte a parte—, sin necesidad de brújula, sin posible pérdida, y aprende también a seguir la huella invisible de una gacela en el pedregal—o a distinguir sólo por la «pisada» a la tribu—a que pertenece un viajero que pasó por allí días antes y al que nunca vio. Presente cuando va a llover o huele que ha llovido ya a kilómetros de distancia, y sabe dónde, como sabe también cuándo vendrá el «siroco» a convertir la llanura en un infierno de polvo y fuego.

Y así su documentación está llena, rebotante, de datos sobre la vida en la más difícil de las tierras, porque Manolo todo lo observa, todo lo apunta, y va tomando sus notas bajo las «jaimas», junto a las hogueras, allí donde los hombres del desierto eslen de su silencio hos-



En Río de Oro, cuando era sargento, con un grupo de nativos

co, y entre las sombras, mirando fijamente a las llamas, hablan de cuanto tienen dentro, de cuanto no han dicho nunca a ningún europeo. El desierto se va metiendo poco a poco en su sangre, le in-

me indicaba que no las estaba viendo, pero no por ello se equivocaba, sino que, en efecto, cuanto decía respondía a la realidad. ¡Cuántas veces debió mirarlás y remirarlás cuando sus ojos aún alcanzaban a ver! ¡Qué amor de-

No es tan sólo que Manolo duerma en las jaimas de los nómadas, que distribuya su paga entre los necesitados, hasta el punto de quedarse a veces sin ni siquiera poder cubrir sus primeros gastos; es que ha entrado en el corazón de los indígenas, en lo más profundo de ellos, de igual modo que ellos están en el suyo.

Manolo se ha convertido en el protector, en el hermano mayor o el «pariente rico»—él, que no tenía para sí mismo—de los habitantes de la llanura, y éstos saben apreciarlo en lo que vale.

Pronto su juicio es tan importante como el de los jefes de más prestigio, e incluso sabe hacerse con la amistad de éstos, de tal modo, que la propia familia de Ma el Ainin, los «chorras», descendientes del Profeta, los más respetados del territorio, le brindan su amistad y no ponen impedimento alguno cuando con las tropas españolas alcanza, al fin, en 1933, la ciudad santa de Smara, la misteriosa, la que durante años permaneció perdida.

En Smara dormía una parte muy importante de la vida de los hombres del Sahara.

EL HOMBRE QUE FUNDO EL AAJUM

Llega la guerra española, pero los esfuerzos de Manolo son más apreciados en el Territorio que en la Península y no le permiten tomar parte en la contienda. Le confían en Villa Cisneros la custodia de un grupo de deportados que le admiran, reconocen su integridad y se sienten seguros dependiendo de aquel hombre excepcional. Sin embargo, Manolo ha de marcharse; los prisioneros quedan al mando de otro alférez—ya él había ascendido a ese grado—y al poco tiempo los deportados se sublevan y huyen primero a Dakar y luego a la zona roja.

Llegados a Barcelona, uno de ellos escribe un libro narrando la historia, y en él, en su nombre y en el de sus compañeros, declara que de haber continuado bajo la custodia del alférez Manolo no hubieran soñado siquiera en evadirse.

He aquí cómo, por primera vez—y quizá única—el valor hu-

Un pozo en pleno desierto. Nuestro excepcional gallego ayudó a descubrir muchos de estos pozos para aliviar la ardiente sed del desierto a los indígenas

vade, y Manolo sabe que ya no puede escapar a su influjo. Ha conocido a Salah Beiruc, de los Abel Beiruc, poderosa familia que domina en los confines del Uad Nummy. Este hombre fuerte y moreno, noble y luchador, conocedor de todo cuanto puede de un ser humano saber en el Sahara, se convierte primero en su maestro y más tarde en su fiel amigo y compañero, capaz de dar por él hasta la propia vida.

Recientemente busqué al caid Salah, musulmán y saharauí, con aquel su amigo, de otra raza, de otra religión, de otra forma de ver la vida. Juntos se habían lanzado a grandes empresas silenciosas, a las que nunca se les da la importancia que tienen, porque pocos comprenden que sea mucho mejor atraerse a todo un pueblo por los medios de la persuasión y el razonamiento que por la fuerza de las armas.

Sin embargo, llega un momento en que hasta en esto Manolo destaca, pues cuando el coronel Capaz ocupa pacíficamente Ifni, ya se advierte allí la labor de captación que durante tiempo había estado haciendo.

No es aún el caid ni el capitán Manolo de años más tarde; es tan sólo un simple sargento que se ha empeñado en la dura labor de ser vínculo de unión; pero ya la leyenda empieza a tejer su red en torno a él; ya se encuentra en boca de los hombres del Sahara, y éstos comienzan a amarle, respetarle y—lo que es más importante—a poner en él su confianza, con la seguridad de que nunca llegará a defraudarles.

be haber en los recuerdos que le traen si es capaz de distinguirlas incluso por el tacto!

Es éste un concepto de la amistad que hemos perdido en nuestro tiempo y que no somos capaces de comprender en toda su magnitud. Es necesario ese tipo de vida de sacrificio, de esfuerzo, de luchas y penalidades en un mundo como el de las llanuras de arena para llegar a sentirse tan unido, tan comprometido como lo estaba este caid Salah, musulmán y saharauí, con aquel su amigo, de otra raza, de otra religión, de otra forma de ver la vida.

Juntos se habían lanzado a grandes empresas silenciosas, a las que nunca se les da la importancia que tienen, porque pocos comprenden que sea mucho mejor atraerse a todo un pueblo por los medios de la persuasión y el razonamiento que por la fuerza de las armas.

Sin embargo, llega un momento en que hasta en esto Manolo destaca, pues cuando el coronel Capaz ocupa pacíficamente Ifni, ya se advierte allí la labor de captación que durante tiempo había estado haciendo.

No es aún el caid ni el capitán Manolo de años más tarde; es tan sólo un simple sargento que se ha empeñado en la dura labor de ser vínculo de unión; pero ya la leyenda empieza a tejer su red en torno a él; ya se encuentra en boca de los hombres del Sahara, y éstos comienzan a amarle, respetarle y—lo que es más importante—a poner en él su confianza, con la seguridad de que nunca llegará a defraudarles.

¡¡GANEN DINERO!!

hasta un joven puede ganar 500 ptas. diarias

Cultivando CHAMPIÑONES en su propia casa -Negocio cómodo y de gran porvenir- Compramos producción a Alto Precio



Solicite información a: **Productos ALBA** Calle Enamorados, 23 - Barcelona - 13

Nombre _____
Domicilio _____
Población _____ ZF

EXCEPCIONAL, FUNDADOR DE EL AAIUN

● PARA LOS HABITANTES DEL DESIERTO LLEGO A SER UN HEROE LEGENDARIO, UN SANTON, EL JEFE RESPETADO, NOBLE Y GENEROSO. UN AUTENTICO HERMANO

mano de este hombre extraordinario se ve reconocido en letras de molde.

En el año 1938, Manolo se ha casado ya con una canaria—las mujeres que parecen haber nacido para compartir la dura vida de los hombres del Sáhara—y la lleva consigo al desierto. Era cuanto necesitaba para acabar de sentirse a gusto entre las arenas, en la soledad que había compartido hasta entonces tan sólo con los nómadas, aquellos hombres duros, sarmentosos, delgados y ascéticos, de voz grave y gesto altivo; ahora la compañera llena el hueco que queda-

pañol para convertirse en un saharauí, el más noble, el más valiente, el más audaz sobre el camello, más certero con un rifle, más ágil y vivaz en la cacería. Porque Manolo, entusiasta cazador, empuñe a su lado a cualquiera de ellos, y ninguno puede disparar como él desde lo alto de un camello al trote o batir de un tiro a una gacela sujetando el rifle con una sola mano, mientras que con la otra conduce un jeep lanzado a toda marcha por entre piedras, matoles y baches.

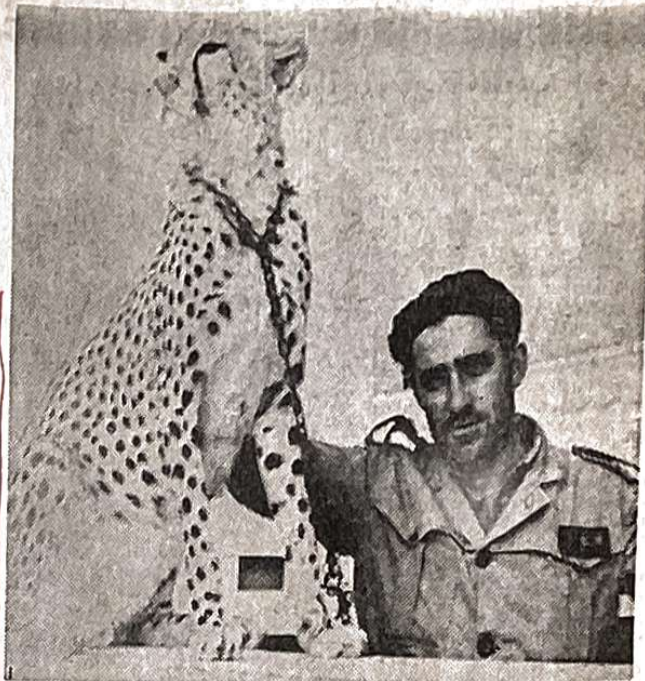
Esta clase de hombre era, y junto a ello abrigaba a veces

por cuanto le rodea, por aquel mundo fascinante del desierto, y por sí mismo ha comenzado años atrás un estudio perfecto y concienzudo de cuanto existe en él. No se limita a la historia y a las costumbres de los indígenas, sino que se preocupa también de la flora, de la fauna, de todo cuanto llama su atención. Busca libros en los que documentarse y va reuniendo sus notas, ingentes cantidades de notas de toda especie, que son las que ahora guardo yo y están esperando que alguien pueda estructurarlas. Aunque me

ra el el mejor carnero y le obsequian con una gran fiesta. El gobernador está entusiasmado, aunque un poco sorprendido. No comprende todo aquello, y menos aún por qué le llaman "caid Manolo". Piensa que será una costumbre. Pero al día siguiente, a su llegada a Villa, decide informarse y pide que venga el oficial más enterado en asuntos indígenas. Su asombro no tiene límites cuando va entrar a Manolo: el parecido físico entre los dos es realmente extraordinario, de tal modo que comprende que todo aquello no había sido por él, sino por el oficial que tiene delante. Lejos de disgustarse, se siente muy satisfecho, comprende el valor de aquel hombre y lo convierte en su principal colaborador en los asuntos indígenas.

La correspondencia de Manolo está llena de cartas y documentos de éste y otros muchos hombres del Sahara, jefes o compañeros, todos aquellos que le conocieron a fondo, que habían estado a su lado en la dura labor y que sabían lo que podía esperarse de él.

Una de ellas, debida al que ha sido tal vez el más valioso de los dirigentes que ha tenido España en el desierto, conmueve por la sencillez con que le designa, en cierto modo, su heredero espiritual. Dice así: "Querido amigo y compañero: Al dejar el territorio, este Sahara que recorrimos de Norte a Sur y de Este a Oeste, captándonos a los indígenas y grabando en ellos para siempre el prestigio de nuestra nación, depósito en ti, acaso el único que queda de aquellos oficiales de las tropas nómadas, todo el tacto, toda la paciencia, toda la equidad con que hay que seguir tratando a nuestros saharauíes. Y por ello debes ser también el que enseñe



Manolo, con su guepardo amaestrado



Vista aérea del Aaiun, que él fundó

de su vida, que está profundamente estructurada ya, sin que nada falte o sobre.

Y en marzo de ese año Manolo se establece en un punto perdido del desierto, construye una primera casa, una huerta y un almacén y llama a los hombres de las llanuras, descubre fuentes, les proporciona agua y tierras que sembrar, les facilita los medios y funda por sí sólo El Aaiun, que iría tomando cada vez más auge, que crece como la espuma, atraería a las gentes de miles de kilómetros alrededor y acabaría siendo la capital y la más importante de las ciudades de la nueva provincia del Sáhara.

Aún puede verse el número 6 de la calle de Lanzarote, aquella primera casa tosca y maciza que Manolo construyó y, sin embargo, ni una sola plaza, ni una sola piedra, ni el más miserable monumento recuerda en ella, ni en parte alguna de la geografía sahariana ni española, cuánto se debe al recuerdo de este hombre excepcional.

Pero para los "hijos de las nubes", para los que en verdad comprendían y se beneficiaban de cuanto él hizo, comienza ya a ser por aquel entonces el héroe legendario, el santón laico y cristiano, el jefe respetado, noble y generoso, del cual pueden esperar todo lo bueno, y de una parte a otra de la llanura, desde los pedregales a las dunas de la orilla del mar a lo más perdido y ardiente del interior, ya en la frontera, se va extendiendo su fama, a la que acompaña ahora un hombre, un apélativo: "el caid Manolo".

Y de este modo entra en el folklore, en el cancionero, en la épica sahariana, pues son estos hombres aficionados a las historias, a las poesías cantadas a la luz de la hoguera, junto a la jaima, en la que se relatan las hazañas de sus héroes, y Manolo ha dejado de ser un oficial es-

trangero para convertirse en un saharauí, el más noble, el más valiente, el más audaz sobre el camello, más certero con un rifle, más ágil y vivaz en la cacería.

La esclavitud continuaba siendo de tal modo que no puede resistir muchas de las injusticias de las costumbres de los indígenas y se preocupa por mitigarlas.

La esclavitud continuaba siendo de tal modo que no puede resistir muchas de las injusticias de las costumbres de los indígenas y se preocupa por mitigarlas.

La vida de Manolo continúa llena de anécdotas, de hechos extraordinarios que ponen de relieve su valía, su temple de ser distinto, fuera de lo común.

En los años siguientes cambia de destino a menudo, siempre dentro del territorio, pues se le envía a aquellos puntos donde es más necesario, donde las cosas están difíciles y se precisa un hombre de prestigio. Durante su estancia en Tlatá el Sbiua aprende un nuevo dialecto, reconcilia a las tribus y las reúne en el esfuerzo de construir un zoco, donde cada hombre pone un día de trabajo y cada mujer cuando viene al mercado trae una piedra de cal. El hace el proyecto, dirige la obra y paga de su bolsillo el té y el azúcar de los trabajadores. En once meses se construye un inmenso zoco, cómodo, grueso, fuerte, algo basto en su concepción, pero que cubre con mucho las necesidades para las que está destinado. En ese tiempo Manolo ha sido una masa entre los trabajadores; ha amasado barro, encalado paredes, subido a los andamios, acarreado piedras, y cuando al fin el gobernador del territorio acude a la inauguración de la nueva obra, Manolo le pasa la factura que exige el trámite. La suma total no llega a los veinte duros.

Pero todo esto no basta para llenar una vida como la suya. El, además, siente curiosidad

están ya aquí, pues la mayoría las dio—con su espíritu amplio y despreocupado—muchos de esos eruditos que llegan al Sáhara de tanto en tanto, queriendo descubrirlo todo en quince días, y que escriben luego gruesos tomos que parecen muy documentados, sin preocuparse de agradecer en ellos o mentar siquiera a quienes les proporcionaron en verdad esos datos.

En 1949, el prestigio de que goza Manolo en el territorio se hace patentes una vez más. Ha habido disturbios en Ifni, y un caid y varios chuijs huyen a la zona francesa, incitados por elementos deseosos de crear dificultades. Una vez allí parecen arrepentidos y quieren regresar, pero no se deciden a hacerlo. Por su parte, nuestras autoridades insisten en su vuelta para deshacer el mal efecto que esta marcha ha causado entre los indígenas. Hay un constante politiquero a través de la frontera, pero nada se arregla hasta que los evadidos declaran que únicamente se someterán ante la persona del capitán Manolo, cuya promesa verbal y garantía de libertad les es suficiente.

De nuevo a recurrir al viejo truco de disfrazarse de saharauí, y de este modo penetra secretamente en territorio francés, se entrevista con los disidentes y se los trae de vuelta a casa, bajo las mismas barbas de los que aún se empeñaban en continuar provocando intrigas.

Poco más tarde llega al territorio un nuevo gobernador, hombre sencillo y activo, deseoso de conocer por sí mismo el estado de las cosas, sin necesidad de intermediarios. Un buen día toma un coche en El Aaiun y, sin más compañía que la del chófer, se encamina a Villa Cisneros. Se pierde en el camino y, tras muchas vueltas, va a parar a un grupo de "jaimas", donde lo reciben con gran regocijo, le colman de honores, matan pa-



El caid Salah, su mejor amigo, que aún vive, y conserva en el Aaiun, con gran devoción, las fotos de Manolo. Es teniente del Ejército español

a los nuevos oficiales la senda que nosotros iniciamos: austeridad, honradez, abnegación, espíritu de trabajo y procurar ser siempre el mejor, el más modesto, como eres tú y tienen que ser los que nos sucedan. Esa es tu misión y ésta es también mi última orden.

"Aquel que empezó siendo cabo de la caravana de la Mía, es hoy capitán, el mejor, de los grupos nómadas. Mañana será jefe de tropas, pues si te has ido te buscaré y te traeré otra vez cuando, si Dios quiere, regrese de gobernador de los territorios. Un abrazo muy fuerte..."

Una hermosa promesa que no puede cumplirse, que la muerte no deja que se cumpla. Estando en Güera, Manolo empieza a sentirse atacado por el mal que habría de llevarle a la tumba. Lleva muchos años en el Sahara, casi ininterrumpidamente desde que llegó, salvo pequeños permisos, de los que apenas disfruta, y ha padecido todas las penalidades de un auténtico indígena, pues es casi uno de ellos y como ellos ha vivido.

La terrible enfermedad le va mimando, inmovilizando paso a paso, miembro a miembro, y cuanto se hace por él resulta inútil. A todo lo ancho del de-

sierto se desliza una ola de estupor, de incredulidad: "Manolo se muere, nos deja, nos abandona..." Eso es algo que resulta incomprensible, que los hombres de la llanura se niegan a admitir, y que es el auténtico valor de Manolo; no está en su temple de héroe, sino de ser dotado de una profunda humanidad, de un amor al prójimo auténticamente misionero, que le hacía sacrificarse hasta lo indecible de un modo sencillo, sin aspavientos, en favor de ese maltratado e incomprendido pueblo de las arenas.

Y, sin embargo, Manolo descansa ahora lejos de ese Sáhara que amó tanto, y en Canarias una sencilla tumba guarda los restos de uno de los hombres más excepcionales de nuestro tiempo. Y es que España, que siempre honró y respetó a sus héroes, que incluso a veces creó más de los que debía, no ha sabido reconocer a aquel que verdaderamente lo fue, porque su grandeza no la ganó en un solo instante, sino que la labró día a día, a través de toda una vida.

En cualquier rincón del Sáhara, porque en todo él está la huella de Manolo, yo haría levantar un monolito, una piedra grande, blanca, sencilla y tosca, que apuntara al cielo, que se mantuviera firme contra el sol y el viento, y que no llevara grabada más que una sola inscripción: "A la memoria de Manolo".

Y todo el que pasara ante el sabrío, tendría la obligación de saber, quién fue aquel hombre.

CUPON-OBSEQUIO

A los lectores de 7 FECHAS que envíen este CUPON a CASA SOLER, Florida Blanca, 130, BARCELONA-11, recibirán un RELOJ SUIZO extrafino, áncora de 15 rubles, plaqué oro, en caballero, señora, niño o niña, a reembolso de 395 pesetas (mitad de precio), con garantía escrita, y a cualquier anomalía se devolverá su importe. Si desea cadena flexible haciendo juego, por 175 pesetas. También GEMELOS larga vista por 150 pesetas

DE MADRID A TODA ESPAÑA

GEMELOS JAPONESES

Cuatro aumentos. Gran alcance. Montaña. Campo. Playa y deportes. SOLO 150 pesetas reembolso, sin más gastos. Admitimos devolución si no agrada. Pedidos por carta a

Comercial "MIBEL"

Apartado 10.005. MADRID

ACADEMIA RIPOLLES

LE BRINDA SU MEJOR OPORTUNIDAD

EL EXITO PARA VD.

ATRAVES DE LOS CURSOS POR CORREO

SECRETARIADO • ESTENOPIA • BANCA • IDIOMAS • CULTURA GENERAL

TAMBIEN PUEDE ESTUDIAR POR CORREO UNA O VARIAS DE LAS SIGUIENTES ASIGNATURAS:

- Contabilidad
- Mecanografía
- Ortografía
- Cálculo Comercial
- Correspondencia
- Taguigrafía Internacional
- Historia de España
- Aritmética
- Gramática y Redacción Estenográfica
- Prácticas de oficinas
- Introducción al Cálculo
- Taguigrafía
- Caligrafía
- non archiv y terminología mercantil
- Legislación Mercantil
- Cultura general
- Geografía

El DIPLOMA que concede la ACADEMIA RIPOLLES le abrirá las puertas de las MEJORES COLOCACIONES

¡PIDA HOY MISMO INFORMACION GRATUITA!

DIRIJA EL SOBRE A: **ACADEMIA RIPOLLES**

Avda. José Antonio, 31 Madrid 13